

Un manifiesto contra Durkheim a leer... empezando por el último capítulo

Pierre Tripier*

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires: Ed. Manantial.**

El libro comienza recordando la controversia Durkheim-Tarde, y tomando claramente partido por este último. El recurso a Tarde para promover otra sociología no es nuevo. En 1961, poco antes de ser elegido presidente de la American Sociological Association, Everett C. Hughes publicaba (en el *American Journal of Sociology*) el artículo *Tarde's Psychologie Economique: an Unknown Classic by a Forgotten Sociologist*. En dicho trabajo, el padre de la segunda –y última– escuela Sociológica de Chicago, enaltece la obra de Tarde y resalta las convergencias de éste con Simmel, aunque probablemente estos dos autores no se hayan conocido. Hughes le atribuye a Tarde la primera reflexión sociológica sobre las relaciones entre el adelanto industrial, el desarrollo del esparcimiento y la prosperidad de la actividad cultural. También halaga la particular atención que Tarde ha prestado a los fenómenos de geografía política, así como su trabajo por establecer la relación entre personas y grupos sociales en la conversación entre individuos y entre comunidades. Según Hughes, Tarde mostró que los fenómenos de reconocimiento mutuo y de interacción se encuentran en el corazón mismo de los conjuntos colectivos.

Hughes compadece a aquellos que, según él, pierden el tiempo juzgando a los autores del pasado para saber quién tenía razón en las controversias que los oponían. De hecho, disuadía a sus estudiantes de usar autores prestigiosos para “sostener su pensamiento o desechar una tesis contraria”. (Hughes, 1971: 565).

En la actualidad, esta perspectiva “fría” sobre las controversias pasadas es propuesta por Andrew Abbott, sucesor de Hughes como profesor de sociología en la Universidad de Chicago. A través de dos obras sucesivas (de 2000 y 2003), Abbott modela la historia de las oposiciones teóricas o me-

todológicas entre sociólogos, en un esquema fractal: a cada generación le corresponden las mismas oposiciones teóricas o metodológicas que se manifiestan en términos, y, sobre la base de referencias, ligeramente distintos. El sociólogo, en tanto que productor de una ciencia social, se encuentra a caballo entre rigor e imaginación, y debe, por ende, conciliar su propio aporte al desarrollo general de la disciplina. A veces, el sociólogo innova mostrando nuevas realidades que plantean nuevas preguntas, como fue el caso de Bruno Latour, cuando publicó *La Vida en el laboratorio* junto con Woolgar en 1995 (Abbott, 2004: 126). Sin embargo, la historia de las Ciencias Sociales, y, en particular, la de la Sociología –la más indefinida de esas ciencias, según Abbott (2001: 3)– es la historia de una constante oposición entre realistas y constructivistas, entre funcionalistas e interaccionistas; entre metodólogos de la cantidad y metodólogos de la calidad; entre investigaciones basadas en datos locales e investigaciones que apuntan al universalismo. Según Abbott, las ciencias sociales no son capaces de invalidar una proposición, declarándola no-científica. Ésta sólo puede ser combatida, nunca rechazada, lo cual explica por qué cada generación de científicos sociales reproduce las mismas divisiones que la anterior –aunque bajo otras formas– a través de nuevos términos y nuevos enunciados.

Bruno Latour, en su libro, pareciera responderle a Abbott –sin citarlo–, buscando una salida a la eterna repetición a la que el profesor de Chicago predestina nuestras ciencias. Esta salida es buscada de dos maneras: en primer lugar, citando casi exclusivamente a sus contemporáneos¹ y, por ende, a sí mismo. En segundo lugar, en pos de su demostración –como un Newton creador de un espacio y un tiempo absolutos e isomorfos–, Latour esgrime una versión “plana” del mundo colectivo, donde lo que importa son los ensamblajes (o agre-

* Profesor Emérito Universidad de Versailles-Saint Quentin, Francia. tripier.pierre@wanadoo.fr

** Nota traducida del francés por Natalia La Valle.

1 Un rápido conteo de sus referencias bibliográficas lo demuestra: los autores publicados antes de 1970 representan solamente el 6% del total de referencias, mientras que los autores publicados a partir de 1990 constituyen el 70%. Comparativamente, en el texto de Abbott de 2003, las publicaciones previas a 1970 son casi la mitad de su bibliografía (más del 49%), mientras que las de 1990 en adelante representan sólo el 13%.

gaciones) y los recorridos de las personas, labradas por los “mediadores” que se encuentran en su camino.

Recordemos que el autor que nos ocupa viene de la Sociología de la Ciencia, en cuyo marco ha profundizado, junto con otros (John Law, Michael Mulkay, Michel Callon, entre otros), la intuición de la matemática británica Mary Hesse²: según ella, para actuar en la actividad científica, es necesario formar una red heteróclita, constituida tanto por humanos como por objetos. El científico los vuelve cómplices de sus acciones, para hacer efectiva su actividad, para valorizarla y para ganar las controversias disciplinarias. Se trata de lo que Law, Callon o Latour llamarán actor-red. En el libro que nos ocupa aquí, este concepto sirve para analizar, además del científico, a todos los individuos actuantes.

Las figuras tutelares de Tarde y Durkheim le permiten a Bruno Latour crear una controversia científica: retomando las divergencias de estos dos autores, y colocándose bajo la protección de Tarde, Latour amplía el dominio de aplicación de la teoría del actor-red, oponiéndola a las otras teorías sociológicas, ya sean individualistas u holísticas, deductivas o inductivas, de origen local o universal, acotadas a los hechos, aquí y ahora, o tendientes a tejer velos críticos sobre estos hechos. Así, Latour aparece como un Don Quijote sin Sancho Panza, fustigando el conjunto de la producción sociológica, exceptuando la suya.

Claro, Bruno Latour no sería Bruno Latour si fuese lacónico y aplicara, por ejemplo, las máximas que Jorge Luis Borges había decidido seguir desde sus primeros escritos:

Tachadura de las frases medianeras, los nexos y los adjetivos inútiles. Abolición de los trabajos ornamentales, el confesionalismo, la circunstanciación, las prédicas y la nebulosidad rebuscada (Borges, 1921).

Sin embargo, vía la hábil utilización del pensamiento de controversia, la escritura de Latour presenta cierta eficacia retórica. También, suelen aparecer en su obra destellos de inteligencia fulgurante, aunque en la primera parte de este libro se ahoguen en el quijotismo y en su propensión a la metáfora. Es necesario esperar la segunda parte y, sobre todo, la conclusión, para que aparezcan esos destellos a los que Latour nos tenía acostumbrados. A fin de cuentas, el autor encuentra un padre espiritual en la figura de John Dewey, en mi opinión, mucho más oportuno que la de Tarde (siempre y cuando sea

indispensable seguir los pasos de alguien).

El mejor consejo que podría darse a los futuros lectores de *Reensamblar lo social* es empezar por la segunda parte y la conclusión. Sólo entonces será fructífero abordar el laberinto de los demás capítulos, en el trascurso de los cuales, lo mejor será detenerse lo menos posible en las consideraciones sobre las “otras” sociologías (diferentes a las del autor), para concentrarse en los elementos positivos allí expuestos.

¿Cuáles son esos elementos que Latour no ha desarrollado ya en sus precedentes trabajos, tales como *La vida en el laboratorio*, *Microbes*, *Guerre et Paix*, *Nunca fuimos modernos*, *Politiques de la Nature* o *La esperanza de Pandora*? En *Reensamblar lo social* son retomados y extendidos a las naciones -y, posteriormente, a la globalidad de la tierra- los resultados de sus anteriores investigaciones, cuyo objeto ha sido la ciencia: el carácter horizontal y compuesto de la red, el laboratorio como agente de la continuidad entre interior y exterior, el carácter agregativo de la acción política, el rol del científico como vocero de cosas y personas, el carácter prudente y plano de los análisis del actor-red. Aparece también la desconfianza de Latour hacia toda forma de juzgamiento deductivo y hacia toda imposición de aquellas doctrinas que no permitan tomar en cuenta todos los aspectos materiales constitutivos e impulsores de un análisis adecuado, o que dificulten la expresión de las sociologías locales. Para el autor, mientras el análisis esté dominado por variables demasiado imponentes y monolíticas, no podrá ser útil al pensamiento:

[La teoría d]el actor-red siempre ha enarbolado el siguiente eslogan: “Absténganse del poder”, es decir, absténganse lo más posible de usar la noción de poder, no vaya a ser que, a cambio de alcanzar vuestros objetivos, ésta se les vuelva en contra, y en contra de vuestras explicaciones. Nadie tiene el derecho de proponer una explicación poderosa si no respeta la separación y el equilibrio de los poderes (Latour, 2008: 376).

En substancia, el autor expresa su sociología en tres movimientos: localizar lo global, redistribuir lo local y conectar los sitios. El primer movimiento combate la ilusión de tener que cambiar de escala, pasando del poderoso al miserable, de lo interior a lo exterior o de los niveles microsociológicos a los macrosociológicos. La demostración del carácter necesariamente horizontal de la sociología preconizada por Latour incluye algunas formulas lapidarias que condensan su argumento, tales como: “es pequeño lo que está poco conectado,

² Hesse es hoy Profesora de Filosofía de la Ciencia, en Cambridge.

y grande lo que lo está en mayor medida” (Latour, 2008: 263).

El segundo movimiento combate otra ilusión: la que hace de la interacción cara a cara, la quintaescencia de las relaciones colectivas. Al igual que los principales interaccionistas, de Blumer (1969) a Goffman (1961), Latour demuestra el error de esta visión reductora, afirmando que la interacción no es ni isotópica, ni sincrónica, ni sinóptica, ni isobárica y menos aún, homogénea.

El tercer movimiento apunta, como el esquema de Mary Hesse, a conectar elementos heterogéneos de manera diferente,

según el punto de vista adoptado: “el Derecho debe (...) asociar entidades de manera jurídica, la ciencia (...) de manera científica, (...) la religión de manera religiosa” (Latour, 2008: 344-345).

Puesto que las demás ciencias también ensamblan, a su manera, humanos y no-humanos, resulta entonces que el autor no limita estas visiones de un mundo plano –con sus mediadores y (re)composiciones– únicamente a la sociología: “Cada disciplina ha elegido desplegar cierto tipo de mediadores específicos y ha privilegiado cierto tipo de estabilización, poblando así el mundo de diferentes tipos de habitantes bien armados y enteramente formateados”(Latour, 2008: 372).



Referencias

- Abbott, A. (2001). *Chaos of Disciplines*. Chicago U.P.
- (2004). *Methods of Discovery*. Nueva York: W.W. Norton & Cy.
- Blumer, H. (1989). "Symbolic Interactionism". *Perspective and Method*. California: U.P.
- Borges, J. L. (1921). *El Ultraismo*. Buenos Aires, Nosotros, 2.
- Goffman, E. (1961). *Encounters, Two Studies in Interaction*. Indianapolis: Bobbs Merrill.
- Hughes, E. C. (1984). *The Sociological Eye, Selected Papers, Chicago Aldine*. Chicago: New Brunswick Transaction Publishers.
- Latour, B. (1995). *La vida en el laboratorio*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2001). *La esperanza de Pandora: ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- (2007). *Nunca fuimos modernos: ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.